"LA ESPAÑA SECRETA —1868-1870—"

● La muerte de don Ramón María Narváez, duque de Valencia, presidente del Consejo de ministros, capitán general del Ejército, aquel que dijo con pasmosa naturalidad que no le quedaban enemigos porque había acabado con todos, es el comienzo de uno de los capítulos más inciertos y rebullentes de la Historia de España. De ahí arranca José Luis Fernández-Rúa para escribir este ensayo sobre lo que era la España secreta de tres años (1868-1870), alejados ya un siglo, con indudable gracejo y buena vena satírica, armas con las que presenta anécdotas, costumbres, peripecias, de aquellos tiempos de bulos, tertulias, duelos —los tiempos de «La Fontana de Oro», de don Benito—, revolucionarios y forofos taurinos (Lagartijo-Frascuelo en candelero).

Las modas, el teatro, los literatos de cierta altura, el bandolerismo y la polémica son puntos de apoyo para centrar, en forma de mosaico, con precisión, el clima de aquellos días en que se jugaba y perdía el destino de España.

El propio lenguaje empleado por Fernández-Rúa es un acierto a tono con su propósito, y resulta realmente brillante y colorista para lo que se propone: un análisis histórico, bastante subjetivo, de políticas y problemas en candelero. El libro resulta singularmente ameno. Es la otra cara de la historia: la humana, la callejera, la de camarillas y disturbios estudiantiles, descritos con encantador desparpajo y habilidad.

«España secreta —1868-1870—», de José Luis Fernández-Rúa. Editora Nacional, 202 páginas. Madrid, 1970.

"¿COMO SE PUEDE SER FRANCES?"

● Todavía vivía el inefable general De Gaulle, rigiendo los destinos de Francia —destinos que parece regir hasta el presente—, cuando el mayor Thompson decide intentar la aventura de convertirse en galo. Empieza, claro está, como buen inglés, justificando su aparente traición, y con clarividencia profética dice: «El general De Gaulle lo ha manifestado con toda claridad durante su reinado, que aún perdura y perdurará mucho tiempo después de él: la gran *mutación* de la que depende nuestro acceso al Mercado Común deberá ser resultado no de negociaciones, sino de la acción y voluntad del *gran pueblo inglés*. Por tanto, yo, ínfima parcela de ese todo reducido a tan poca cosa, he decidido ponerme a la tarea y tratar de convertirme, si no en europeo, al menos en francés».

Es Pierre Daninos, el gran humorista creador de ese singular personaje conocido como el mayor Thompson, leído y gozado en otros libros, un incisivo crítico de la burguesía inmovilista francesa, que tan bien conoce. En este libro vuelve a la carga como analista y fustigador de la sociedad en que vive. Puede decirse que no deja títere con cabeza. Se asoma a todas las parcelas, vicios, personas —incluido el presidente de su República—, costumbres, y nada escapa a su agudeza y a su sarcasmo, porque a veces llega a eso traspasando los límites de la mera ironía con el desenfado que le es característico:

«¡Oh! ¡Cómo me gustaría ser francés!».

«Difícil *goal* el de intentar ser galo. Para un inglés, representa incluso la cuadratura del círculo, si se considera que ese círculo es un club reservado para seis miembros.»

«¿Cómo lograrlo?».

«Sí, cómo lograrlo —sin ser... *sorry*..., un camaleón—, cómo convertirse sucesivamente durante medio siglo de existencia en azul horizonte y rojo popular, en germanófobo y germanófilo, en anglófobo y anglófilo, en partidario de Pétain y partidario de De Gaulle, en americanófilo y americanófobo, en militar en las filas de quienes quieren llegar hasta el fin y en las de los que quieren capitular, en colonialista y emancipador, en azote de los viets y admirador de Mao? Y una vez logrado, ¿cómo arreglárselas para calificar, de absoluta buena fe, a los italianos de versátiles, a los ingleses de dubitativos, a los alemanes siempre dispuestos a encontrar una bota excitante y a los rusos siempre inclinados a cambiar de casaca?...».

Esta es la muestra de su prosa, desenvuelta, ingeniosa, sugerente y atractiva. A través de una serie de capítulos se burlará de toda su Francia y de todo lo francés. Estos son los títulos de algunos, y fácil colegir su contenido: «Francia bajo la ocupación francesa», «La frontera del coche y la sociedad de consumo», «El calendario de los franceses», «La movilización no es la guerra», «El antiguo sexo en la nueva sociedad», «Sois formidables», etc.

Ironía, ternura y sarcasmo, fundidos en esta revisión crítica de la fisonomía de su propio país, en un libro que deleitará seguramente al lector, por su amenidad, su agudeza y, sobre todo, porque, en cierta medida, proporciona la respuesta a esa interrogante que es el título: «¿Cómo se puede ser francés?». Al final, resulta que se puede ser de muchas maneras.

«¿Cómo se puede ser francés?», de Pierre Daninos. Plaza-Janés, S. A., 212 páginas. Esplugas de Llobregat (Barcelona), 1970.

BUERO VALLEJO, ACADEMICO DE LA LENGUA

Menos de veinte son las obras estrenadas por Buero Vallejo, también algunas versiones y adaptaciones, desde que en 1949 obtuviera el premio Lope de Vega con "Historia de una escalera", abriendo un capítulo de esperanza para el teatro español. El, de Guadalajara, e inclinado al principio por el camino de la pintura, es hombre con experiencias personales verdaderamente dramáticas, independiente y tan ponderado en sus manifestaciones como puede serlo quien se ve dominado por una intensa preocupación social.

Desde Cela, ningún nombre de después del 39 había sido llamado a la Academia de los inmortales. Claro que los hombres de la edad de Buero, jóvenes, con cincuenta y cinco años, ya son sesudos pensadores y buceadores de la conciencia humana española, en su caso con proyección universalista. Buero Vallejo es un dramaturgo de interrogantes, afanado por comprender las razones de los seres que le rodean para ser como son.

El nuevo académico no es un purista del idioma, ni siquiera un revolucionador del teatro, como lo fuera Casona, en su día. Pero Antonio Buero Vallejo ha evolucionado ya, en corto tiempo, más que Casona en toda su vida, y, sobre todo, es el gran autor que tenemos —no me atrevo a decir el único—. Ahora se vestirá de frac. No sé si la Academia se democratiza, ni si Buero ha llamado a sus puertas. Pero la Academia ha hecho muy bien en abrírselas —antes que los suecos empiecen a barajar su nombre— porque Buero es la realidad del teatro español y su esperanza.

"LA IRA DE LA NOCHE"

● He aquí la última novela de Ramón Hernández (las otras son: «El buey en el matadero», 1967, y «Palabras en el muro», finalista del premio Biblioteca Breve 1968), ganadora del bien dotado económicamente premio Aguilas (500.000 pesetas) y recientemente publicada.

Hay que decir que Ramón Hernández es joven, ingeniero técnico, madrileño, viajero por varios países y finalista de otros premios, tales como el Blasco Ibáñez y el Planeta, por ejemplo.

Con «Palabras en el muro» (*) ya se hizo notar este autor, que dijo que se trataba de una obra de carácter simbólico, representando «la invisible cadena que todo hombre tiene en sí mismo por el mero hecho de vivir». La anécdota de aquella novela eran los presos, ladrones, toxicómanos, homoxesuales, etc., encerrados por delitos comunes graves. Gentes al margen de la ley, que habían tenido que fabricársela, como sucede en los grupos sociales marginados, donde reina la violencia, la tiranía, la brutalidad y siempre se camina hacia la destrucción.

Ahora, Ramón Hernández ha montado «La ira de la noche» en torno a una muchacha enferma de neurosis. En lugar de una cárcel es un sanatorio psiquiátrico, y la novela, levemente argumentada y sin desenlace lineal, se extiende en consideraciones, tal vez demasiado amplias, acciones dispares tenuemente en-

---

«La ira de la noche», de Ramón Hernández. Editorial Linosa, 240 páginas.

(*) *«Palabras en el muro»*. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1969.